BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

EL ESCLAVO

Ó

LA VENIDA DEL MESÍAS

MELODRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

LASTRA, RUESGA Y PRIETO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

CHAPÍ Y JIMÉNEZ

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
GREDA, 15, BAJO

1891

6

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS
N.º de la procedencia
2941

EL ESCLAVO

ó

LA VENIDA DEL MESÍAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática* y *Teatro cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ESCLAVO

ó

LA VENIDA DEL MESÍAS

MELODRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

LASTRA, RUESGA Y PRIETO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

CHAPÍ Y JIMÉNEZ

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 23 de Diciembre de 1887

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA SIBILA	Srta. Vallés.
LIBIA	González.
SALOMÉ	Rodríguez.
REBECA	Sra. Bueno.
SIMÓN	Sr. Cruz.
ISMAEL	Ruiloa.
OCTAVIO	Campos.
CHAMORRO	Castro.
CENTURIÓN 1.º	Echeverría.
IDEM 2.º	López.
PASTOR 1.º	Sánchez.
IDEM 2.º	Jerez.
IDEM 3.º	Fausto.

Pastores, centuriones, hombres, mujeres y niños del pueblo hebreo

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL PREGÓN

Bosque á todo foro.—En el centro de la escena un árbol con un tronco corpulento.—A la izquierda, y al lado del árbol, la entrada de una sima ó boca de un precipicio.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oyen dentro trompetas, y el Coro general de aldeanos va saliendo por distintos lados. A poco soldados

Música

UNOS — Venid, venid, (Saliendo.)
amigos acudid.
OTROS — Llegad, llegad, (Idem.)
sabremos la verdad.
UNOS — El son de esas trompetas
me llena de terror.
OTROS — Será un nuevo decreto
del Rey nuestro señor.
TODOS — Si Herodes nos lo manda
preciso es no chistar,
no vayan los sayones
á darnos que rascar.
(Se vuelven á oir las trompetas.)

722393

¡Chitón! ¡chitón!
no alzar mucho la voz,
que están aquí
y nos pueden oir.

(Sale un Centurión, dos trompetas y seis soldados.)

CENT. Pastores y labriegos,
atentos escuchad
del poderoso Herodes
la regia voluntad.

CORO Temblando estoy de miedo.
Dios sabe qué será.
Chitito, por si acaso;
chitito y á escuchar.

CENT. (Sacando un pergamino.)
Buscamos á un esclavo
que del Pretorio huyó,
y al cual el gran Herodes
á muerte condenó.
Aquel que vivo ó muerto
le entregue sin tardar,
un ciento de dineros
por premio alcanzará.
Pero ¡ay del que lo oculte!
¡Piedad no habrá para él!
pues con el vil esclavo
la muerte ha de obtener.
Así nuestro monarca
lo manda en el pregón,
y aquí tenéis sus señas,
leed con atención.

(Clava el pergamino con un puñal en el tronco del arbol; vuelven á tocar las trompetas y se van los soldados por la izquierda.)

CORO (Que se queda aterrado sin atreverse á mover.)
El terror entumece mi cuerpo
y no sé lo que pasa por mí.
Quiera el Dios de Israel que no venga,
que no venga el esclavo hasta aquí.
A encerrarme en mi hogar voy corriendo
y aunque llamen á nadie abriré,
que á morir en suplicio afrentoso,
yo prefiero morir de hambre y sed.

(Se oyen las trompetas lejanas.)

Oid, oid,
las trompetas se vuelven á oir.
(Poco á poco se van retirando por donde salieron y con mucho pavor.)
Horrible son,
que me llena dé espanto y pavor.

ESCENA II

ISMAEL y la SIBILA

Hablado

SIB. ¿Lo has oído, Ismael?
ISM. Sí.
SIB. ¿Y pretendes todavía ir á la ciudad?
ISM. Aun cuando supiera perder la vida.
SIB. La perderás, no lo dudes. Mira allí tu sentencia de muerte. (Señalando el edicto del arbol.)
ISM. No; es la de todo el pueblo hebreo.
SIB. Olvida á esa romana y consérvate para tu patria.
ISM. Me pides un imposible.
SIB. Es la hija del aborrecido Pretor.
ISM. Ese tirano encadenó mi cuerpo y su hija mi voluntad. Sin el amor de Libia y sin libertad, ¿de qué me sirve la existencia?
SIB. ¿No amas á tu patria?
ISM. Más que á mi vida.
SIB. ¿Y á mí?
ISM. ¡Tanto como á mi patria! Pero Libia es mi alma. Su amor me ha regenerado, y si no puede descender hasta mí, yo sabré elevarme hasta ella, librando al pueblo hebreo de la servidumbre que le deshonra.
SIB. No esperes nada de él. ¿No has visto á esas pobres gentes temblar como corderos en presencia de sus opresores y verdugos?
ISM. Sí, los sencillos labriegos; pero en las ciudades existen espíritus animosos, y cuento en Jerusalém con muchos valientes que sólo esperan mi voz para lanzarse á la lucha.

SIB. Te engañas, Ismael; la sangre correrá á torrentes y sólo lograrás hacer más pesado el yugo que nos oprime. Tén confianza en mí. Sólo del cielo puede venir nuestra redención. Jehová nos lo ha prometido y pronto llegará el suspirado Mesías. Mi voz te lo anuncia.

ISM. No oigo más voz que la de Libia. No creo más que en su amor.

SIB. ¡Ismael!

ISM. Yo la arranqué de los brazos de la muerte. Yo la estreché entre los míos para volverla á la vida y ella en pago me robó el alma. Desde aquel momento, mi vida fué un continuo suplicio. Su ausencia me consumía, su presencia me abrasaba. Me atormentaban sus desdenes y me enloquecían sus favores. Quería verla y no verla; y al considerar mi baja condición y su elevado rango, la vergüenza enrojecía mi semblante y la idea de la muerte acariciaba mi pensamiento. Por fin, aprovechando las sombras de la noche y el sueño de los guardianes, abandoné el palacio y huí de la cindad decidido á quitarme la vida. Desde entonces no la he vuelto á ver. ¿Por qué desarmaste mi brazo? ¿Por qué intentas aprisionarme tú ahora?

SIB. Porque quiero conservarte para tu pueblo. Porque quiero que desprecies á esa raza maldita y tengas confianza en mí. El día de nuestra redención ya está cerca. El Mesías vendrá entre nosotros, y grandes y plebeyos, todos seremos iguales ante él. Ten confianza en mí.

ISM. Sólo en mi brazo confío.

SIB. ¡Incrédulo! Todo el mundo, menos tú, oye mi voz y cree en mi profecía. Desde el más grande al más chico, llegan de todas partes á consultarme, y lo mismo magnates que pastores, sacerdotes que soldados, todos esperan al Mesías. Unos tiemblan, otros gozan, pero todos creen; todos ménos tú. (Música en la orquesta.) La virtuosa doncella elegida por

el Señor para redimirnos, pronto inundará de luz el mundo con su divina gracia. (La música empieza á tocar piano.) Oye esas armonías celestiales que anuncian su aparición. Viene cual simple mortal, de pagar el tributo de empadronamiento á nuestro opresor. (Por el último término se ven cruzar á José y María.) Mírala por dónde llega apoyadada en el Santo Patriarca José. Hunde la rodilla en la tierra, y acatemos la sublime Majestad. (Los dos se arrodillan.) ¡Señor! ¡Señor! Mira por tu pueblo y bendice á tus elegidos. (Se levantan.) Pero, ¿no escuchas? Alguien llega por ese lado, Ven, huyamos de estos sitios.

ISM. No; quiero ver quién es.

SIB. Entremos en la boca del torrente que da acceso á la gruta.

ISM. ¡Cómo! ¿Esa cima es accesible á los humanos?

SIB. Nadie más que yo conoce el secreto. Sígueme, que ya se acercan unos campesinos. (Vanse por la izquierda, tercer término.)

ESCENA III

Coro general de pastores, por la izquierda, primer término, luego SIMÓN, por la derecha

Musica

CORO (Saliendo por la izquierda.)
Vamos, pastores y pastoras,
vamos corriendo hacia Betlhém,
que antes que el sol nos abandone
todos tenemos que volver.
A empadronarnos vamos pronto,
porque el tributo hay que pagar,
y pues el César nos lo manda
obedezcamos sin chistar.

SIM. (Dentro.)
Para hacer corto el camino
lo mejor siempre es echar

sendos tragos de buen vino
y cantar y más cantar.
Lalalá, lalalá, (Sale bailando.)
lalalá, lalalá.
Otro trago, Simón,
que ya estás al llegar.

CORO Qué contento vienes,
amigo Simón.

SIM. Siempre que camino
de igual modo voy.
¿Váis á empadronaros?

CORO Muy cierto que sí.

SIM. De hacer eso mismo
yo vengo de allí.

CORO Dinos al punto
qué hay que hacer.

SIM. Muy poco tiene,
que aprender.
Pero escuchadme,
vais á oir
lo que con todos
se hace allí.

—

Al entrar ves una mesa,
tres sayones hay detrás;
uno de ellos es muy feo,
y los otros mucho más.
Te preguntan por tu nombre,
les contestas Pedro ó Juan,
das dinero, lo reciben,
y te apuntan y te vas.

—

Al que llega sin dinero
le ha caido ya que hacer,
pues le embargan el ganado,
la pollina y la mujer.
Y se ha dado más de un caso
que al quejarse algún simplón,
la respuesta que le dieron
fué pegarle un bofetón.

Allí lo importante
para esos sayones,
es contar monedas,
no escuchar razones.
Que habiendo dinero,
lo mismo les da
que te llames Pedro,
que te llames Juan.

TODOS Allí lo importante, etc.

Hablado

ALD. 1.º ¡Ea! ¡ea! queda con Dios, amigo Simón, que nosotros aún tenemos mucho que andar.

ESCENA IV

SIMÓN é ISMAEL

SIM. Id en paz. (Vanse todos.) ¡Dios de Israel! Me he quedado solo en el bosque. Hombre, es particular lo que me sucede. Siempre que paso por aquí en compaña de diez ó doce pastores, tengo más valor que cuando estoy sólo, como ahora. Nada; hay que hacer de tripas corazón y echar á correr. Ten presente que tu mujer y los amigos te esperan en casa, y no está bien que en un día de boda falte la parte más principal. (Va á marcharse y se detiene.) La verdad es que se cuentan unas cosas de este bosque y de esa maldita sima... Dicen que el diablo vive en ella, y que á lo mejor se presenta echando llamas por los ojos y... (Ismael, que habrá salido un poco antes, baja y le toca en el hombro. Simón se vuelve.)

ISM. ¡Simón!

SIM. (¡Jehová me proteja! El es.) Ten compasión de mí... yo no soy más que un pobre pastor; no me tragues. Mira que me he casado esta mañana, y mi mujer me va á echar de menos esta noche.

ISM. Precisamente vengo á preguntarte por ella.

¿Por qué has abandonado á Salomé en el día de tu boda?

SIM. (También sabe su nombre.) Te diré... no ha sido por mi gusto, pero el Pretor manda y el pueblo obedece... he tenido que ir á la ciudad á empadronarme.

ISM. Otro tributo más del déspota romano.

SIM. (¡Calle! ¡Este diablo es judío, por lo visto!)

ISM. ¿Regresarás á tu casa en seguida?

SIM. Sí; es decir, si tú no te opones. (Hay que tenerle contento, porque si no...)

ISM. Pues vas á decirle á tu mujer, pero á ella sola, ¿entiendes? que esta noche necesito hablarla.

SIM. ¿A mi mujer?

ISM. ¿Qué te extraña?... Yo soy...

SIM. Sí, ya lo sé... pero por lo mismo que eres...

ISM. Salomé es amiga mía.

SIM. ¿Tu amiga?... (¡Mi mujer en relaciones con el diablo!)

ISM. Sí; hemos comido el pan en la misma casa.

SIM. (¡Han comido juntos en el infierno!)

ISM. No olvides mi encargo, porque de no hacerlo, tal vez te cueste la vida.

SIM. (Esto quiere decir que ahora no me la quita.)

ISM. Ya comprenderás que yo he de saber si me engañas...

SIM. Naturalmente. (¡Cualquiera engaña al diablo!)

ISM. Iré á vuestra casa. Procura que no haya testigos.

SIM. ¿A mi casa? (Vaya un huésped que voy á tener.) Pero cuando mi mujer me pregunte qué clase de diablo eres... porque como sois tantos, ¿qué la digo?

ISM. La dices que soy el habitante de la sima.

SIM. (¡De la sima!... ¡El terror de las cercanías!)

ISM. Toma, en recompensa de tu servicio. Hoy es tu boda y deseo que te acuerdes de mí. (Dándole una bolsa.)

SIM. Ya lo creo que me acordaré. ¡Una bolsa!

ISM. Con ella puedes hacer un buen regalo á tu mujer. (Mientras que Simón dice el aparte que sigue, Ismael desaparece por la sima. Abre el talego.)

SIM. ¡Dios de Israel, si está lleno de monedas! ¡Si hay aquí para comprar un rebaño entero!... ¡Y qué relucientes están! ¡Claro! hará muy poco que las ha hecho en el infierno... Pero... y si están embrujadas y á lo mejor se truecan en... Lo cierto es que no es tan malo el diablo como dicen. ¿No tienes nada más que mandarme? (Volviéndose y notando su ausencia.) ¡Calle! ¡No está! Se fué... pero ¿por dónde se ha ido?... Se lo ha tragado la tierra, no hay más.

ESCENA V

SIMÓN, LIBIA, OCTAVIO y cuatro soldados por la derecha

OCT. Me parece, hermosa Libia, que nos hemos separado mucho del camino que nos indicaron en la ciudad.

SIM. ¡Calla! ¿Qué buscarán en el valle estos pajarracos? De seguro que no habrán bajado para nada bueno.

LIBIA Aquí tenemos precisamente un pastor que nos podrá servir de guía.

SIM. (Vaya, Simón, fuera miedo y en marcha, que tu mujercita te estará esperando.)

LIBIA ¡Pastor!

SIM. ¿Qué se ofrece?

LIBIA Oye dos palabras.

SIM. Aunque sean cuatro.

LIBIA ¿Eres romano?

SIM. Jehová no lo permita.

OCT. ¡Bellaco!

LIBIA Déjale.

SIM. ¡Uy, qué ojos me echa!

LIBIA ¿Serás judío?

SIM. De la tribu de Nacor.

LIBIA ¿Y vives aquí?

SIM. A poco más de dos estadios. Casi, casi, por frente de la gruta del barranco.

LIBIA ¿La gruta del barranco? ¿No es allí donde habita una sibila?

SIM. Una hechicera, dirás. Y malos lobos me co-

man, si no la pegaba fuego y la aventaba después.

LIBIA ¿Por qué?

SIM. Porque me lleva dados más sustos que pelos tengo en la cabeza. Como yo vivo frente á su maldita madriguera, muchas veces, desde mi ventana, la he visto salir vestida de blanco, pasar el puentecillo y desaparecer por el torrente. Otras veces se arrodilla y se pasa las horas muertas haciendo aspavientos con las manos. En fin, una noche, hasta se me figuró verla dentro de mi casa. Sí, no me cabe duda; era ella, que desapareció por la pared, dejando un olor á azufre que me hizo estar estornudando toda la noche.

LIBIA Es necesario que nos guíes á esa gruta.

SIM. Con mucho gusto. (Así llevaré compaña por el camino.)

OCT. ¿Pero qué empeño tienes en hablar á esa mujer?

LIBIA Quiero ver si es una farsa ridícula lo que se cuenta de esa sibila ó si la profecía puede ser una realidad.

SIM. Si yo no tuviera tanto miedo, vería también á la hechicera, para que me dijese si iba á ser feliz en mi matrimonio.

LIBIA ¡Hola! ¿Te vas á casar?

SIM. Ya lo hice esta mañana; pero tuve que ir á empadronarme, porque hoy terminaba el plazo y dejé á mi pobrecita Salomé hecha un mar de lágrimas.

LIBIA ¿Salomé, dices?

SIM. Así se llama.

LIBIA ¿No ha vivido largo tiempo en la ciudad?

SIM. Ya lo creo. Como que ha estado al servicio de una gran señora.

LIBIA (¡Ella es!) (Se oyen las trompetas del pregón á lo lejos.) ¿No has oído?

SIM. ¿Trompetitas tenemos? Se me abren las carnes al escucharlas.

LIBIA ¿Qué significa?

OCT. Soldados que recorren la campiña pregonando la cabeza del esclavo Ismael.

LIBIA ¡Cómo!

SIM. Se ha divertido el pobre si le atrapan.

LIBIA (Está perdido.)

OCT. Hasta ahora se ignora su paradero, pero confío que en breve darán con él y su castigo será inmediato.

SIM. (No quisiera encontrarme en su pellejo.)

LIBIA ¡Y sólo por amar la libertad se le pregona y se le llevará al suplicio!

OCT. Un esclavo miserable...

LIBIA Digno de perdón... Porque al fin es un semejante nuestro.

OCT. ¡Tan sensible para todo el mundo y tan insensible para mí!

LIBIA (Con mal humor.) ¡Octavio!

OCT. ¿Te ofende, Libia hermosa, que te hable de mi amor?

LIBIA No; pero me enoja tu insistencia.

OCT. Pues aunque sepa arrostrar tus enojos, no dejaré de recordártelo. ¿Por qué no me amas? ¿No corre por mis venas sangre romana como la tuya? ¿No sé manejar una lanza cual ninguno? ¿Hay quien me gane á destreza en los juegos olímpicos, ni quien se alabe de haberme vencido en los combates?

SIM. (A este se le ha muerto su abuela.)

LIBIA No; tu gallardía y tu valor te hacen digno de la más hermosa doncella romana, y todas las deidades de Jerusalém tendrían á dicha conquistar tu amor.

OCT. Todas menos tú, Libia. ¿Qué puedo hacer para merecerte? Dí una sola palabra y tu voluntad se verá cumplida Por tí soy capaz de acometer las más heróicas empresas.

SIM. (Y yo por no verte me iría á cualquier parte.)

LIBIA Prosigamos nuestra marcha. El sol camina á su ocaso y el cielo empieza á cubrirse de pardas nubes.

OCT. No tan sombrías como las de mi corazón.

LIBIA Cesa ya en tu porfía.

OCT. Dame una palabra de esperanza y enmudecerán mis labios. Una palabra sola.

LIBIA Estás enfadoso.
SIM. (Y tanto como lo está.)
OCT. ¿No existe medio humano de merecerte?
LIBIA (Como concibiendo un pensamiento.) ¡Uno solo!
OCT. ¿Y cuál es?
LIBIA ¿Te empeñas en saberlo?
OCT. Sí.
LIBIA Oyelo, pues (Se quita uno de los brazaletes que lleva.) Este brazalete será nuestras arras de boda. Recóbrale y tuya seré ante el ara de Himeneo. (Arrojando el brazalete al torrente.) Dispútasele al torrente.
OCT. ¡Ah! ¡Tan hermosa como cruel!
SIM. (¡Valientes calabazas le ha dado!)
LIBIA ¿Vacilas, Octavio?
OCT. ¡Yo!...
LIBIA ¿Tú, tan valiente en los combates, tiemblas ante el primer obstáculo?
OCT. No, ingrata Libia; puesto que deseas mi muerte, yo le recobraré ó moriré por tu amor. (Va á adelantarse hacia el abismo, y sale por él Ismael con el brazalete en la mano.)

ESCENA VI

DICHOS é ISMAEL

ISM. Llegas tarde. ¡Aquí está!
LIBIA ¡Ismael!
OCT. (Retrocediendo.) ¡El esclavo!
SIM. ¡Uy, el diablo! ¡El cielo me ampare! (Vase corriendo.)
OCT. Al fin caiste en mi poder.
ISM. Llega hasta mí si te atreves.
OCT. ¿Luchar yo con un miserable condenado á muerte?
ISM. Si es esta mi sentencia, la desprecio tanto como á tí. (Quita el pergamino del arbol y se lo arroja á Octavio.)
OCT. ¡Soldados! ¡Apoderáos de él!
LIBIA ¡Sálvate, Ismael!

OCT. ¿Eso dices? Pues morirá sin compasión. (Acometiéndole.)
ISM. Seguidme si podéis. (Arrojándose en el torrente.)
LIBIA ¡Ah! ¡Se ha salvado!
OCT. ¡Se amaban! El infierno le confunda.

CUADRO SEGUNDO

LA NOCHE DE BODA

Casa pobre en segundo término. Puerta en primer término derecha y ventana practicable en segundo. A la izquierda dos puertas. Una tea encendida sobre una palomilla en la pared de la izquierda.

ESCENA VII

SALOMÉ, CORO GENERAL de pastores y á poco SIMÓN

Música

CORO (Saliendo puerta izquierda.)

Mucho sentimos
abandonarte,
mas nuestras casas
lejos están.
Nubes obscuras
cubren el cielo,
y es de tormenta
clara señal.

—

Nuestra enhorabuena
recibe de nuevo,
Jehová te conceda
venturas sin fin.
Siendo él buen marido
y tú esposa amable,
muy pronto tendremos
un día feliz.

SIM. (Dentro.)
¡Socorro, pastores,
tened compasión!
SAL. ¡El es, mi marido!
CORO Aquí está Simón.
SIM. (Saliendo.)
Que me coge,
que me atrapa,
que me pilla,
¡por favor!
Cerrad puertas
y ventanas,
no se cuele
de rondón.
CORO ¿Qué te pasa,
qué sucede,
qué ha causado
tu emoción?
¿Por qué corres
de ese modo,
qué motiva
tu temor?
Estás en tu casa
y al lado de amigos,
tu esposa te aguarda
con gran ansiedad;
aleja temores,
recobra la calma,
que aquí ten seguro
que nadie vendrá.

—

SIM. ¡Qué de cosas me han pasado!
¡Qué de encuentros he tenido!
¡Lo que he visto, lo que he oído,
y qué sustos he llevado!

—

CORO Cuenta al fin qué te ha pasado;
los encuentros que has tenido;
lo que has visto y has oído
y los sustos que has llevado.

—

SIM. Pues escuchad.
CORO Empieza ya.
SIM. Al salir de ese bosque maldito
que llaman las gentes de la tradición,
me detuve un momento en la sima
con sobra de miedo y escaso valor.
De repente la tierra se abre
y envuelto entre llamas me veo salir
á Luzbel, que con ojos de fuego
y dientes muy largos se acerca hacía mí.
Yo no sé deciros
lo que me pasó,
pero nunca tuve
miedo tan atroz.
Y al mirarle enfrente
ya comprenderéis
que tomé el partido...
de echar á correr.

—

Crucé el valle,
subí al monte,
por sus peñas
yo trepé,
y en las matas,
y en las rocas
me encontraba
con Luzbel.
Brujas, duendes
y demonios
á mi paso
ví salir,
que con furia
me pincharon,
me siguieron
hasta aquí.
Esto es lo que ví,
lo que me pasó.
CORO ¡Qué terrible es
cuanto refirió!

—

TODOS ¡Ay, qué miedo, qué miedo que tengo,
del susto, de fijo, me voy á morir!

¡Las piernas me tiemblan, moverme no puedo,
que ya veo al diablo delante de mí!
Si miro aquel lado horribles figuras
sus garras me enseñan con furia infernal;
si miro á este otro, con muecas y gestos
mi miedo acrecienta con burlas Belial.
¡Ay, Jehová, tén piedad!
¡Ay, ay, qué miedo me dá!

Hablado

SAL. Pero, ¿qué es eso? ¿Hacéis caso de este miedoso? ¿No comprendéis que todo lo que ha contado lo ha visto sólo en su imaginación?

SIM. No, señor; que lo he visto delante de mí... ¡con unos ojos!...

SAL. Tal vez sería algún animal...

SIM. Allí no había más animal...

SAL. Que tú.

SIM. En eso puede que tengas razón.

SAL. Ea, amigos míos, regresad á vuestras casas, nos os coja en el camino la tormenta.

UNO Hasta mañana, y... que sea enhorabuena.

LOS DOS Gracias. (Vanse todos los aldeanos por la derecha. Salomé les acompaña para cerrar la puerta.)

ESCENA VIII

SIMÓN y SALOMÉ

SIM. Id con Dios, y procurad no pasar por el Valle... ¡Ay... por fin me veo en mi casa, libre de temores y al lado de mi mujercita!... (Viéndola salir.) ¿Has cerrado bien la puerta?

SAL. Sí.

SIM. ¿Y has puesto bien la tranca?

SAL. ¡Sí, hombre; qué miedo tienes!

SIM. Es que tengo mis razones para... ¡Uf... hasta aquí me persigue el maldito tufillo infernal!

SAL. ¿Todavía sigues con esa majadería?

SIM. ¡Majadería! Te repito que he visto al diablo lo mismo que te veo á tí. Y lo que más te

va á sorprender es que... que... (Mirando á todos lados.)

SAL. ¿Qué, hombre?

SIM. ¿Tienes la seguridad de que estamos solos?

SAL. Completamente solos.

SIM. Es que lo que tengo que decirte, tú sola debes oirlo.

SAL. ¿Yo sola?

SIM. Sí. ¡Pues poquito que me lo encargó el otro!

SAL. ¿El otro?

SIM. (¡Caramba... no había reparao hasta ahora, pero á mi mujer le brillan los ojos lo mesmo que al diablo!) (Se queda contemplándola.)

SAL. ¿Qué me miras?

SIM. ¿Por qué te relucen tanto los ojos?

SAL. (Riéndose.) ¿A mí?

SIM. Sí.

SAL. Ilusiones tuyas.

SIM. No, que parecen dos ascuas... Y si he de decir verdad, los tuyos me causan ménos espanto que... ¿Conque dices que estamos solos?

SAL. Ya te he dicho que sí.

SIM. Pues has de saber que... que... Dame un abrazo. (Intenta abrazarla, ella retrocede.)

SAL. ¡Quita! ¿Y era eso todo lo que tenías que decirme?

SIM. No; esto era para darte ánimos, porque lo que vas á oir te va á causar un miedo espantoso.

SAL. ¡Me pones en cuidado! ¡Habla pronto!

SIM. Allá va. Díme, Salomé, ¿has comido tú alguna vez con el diablo?

SAL. Vamos, Simón; se conoce que por el camino has bebido un poquito... (Riéndose.)

SIM. ¿Un poquito? Te aseguro que no. Lleno saqué el odre de aquí, y ha vuelto á casa sin una gota.

SAL. ¡Cuando yo decía!...

SIM. ¡Como he pasado tanto miedo, y á mí el miedo se me quita bebiendo!... Pero, vamos á ver, Salomé, ¿de veras no conoces tú á ningún diablo?

SAL. ¿Vuelta á lo mismo?

SIM. Pues él te conoce á tí; sabe tu nombre y el mío, y me ha encargao que te diga que esta noche vendría aquí á hablar contigo. Y para convencerte que no es efecto del vino lo que te cuento, mira esta bolsa que me ha dado llena de dinero para que te haga un buen regalo en recuerdo de nuestra boda. (Enseñándosela.)

SAL. (¿Si será?...) ¿Y dónde has tenido ese encuentro?

SIM. En el Valle, cerca de la... ¡Ah! Me dijo que se llamaba el habitante de la sima.

SAL. ¿De la sima? (¡No puede ser otro que Ismael!)

SIM. Como si dijéramos, el habitante del infierno, porque en la sima no puede penetrar nadie, ni aun las cabras, y él sube y baja con una facilidad...

SAL. ¡Pobre Simón, y qué inocente eres! ¿No conoces que todo eso no es más que una broma que te ha dado alguno, figiéndose el diablo, para probar tu miedo?

SIM. Pues la broma es para él, porque lo que es el bolso no lo ve más. (Guardándose el bolso.)

SAL. ¡Eh! No pienses más en ello, y vamos á cenar. ¡Te preparo unas migas con torreznos!...

SIM. La boca se me hace agua. Desde que fuí á empadronarme á la Ciudad, no ha entrado nada caliente en mi estómago... ¡Ah! ¿Sabes á quién me he encontrado en el camino, que venía de hacer lo mismo que yo? A José, el carpintero y á María, su mujer. Por cierto, que la pobre está muy cambiá desde que la ví la última vez... ¡Tiene un color!...

SAL. ¿Iba mala?

SIM. Mala, precisamente, no; ¡pero, caminaba con un trabajo... con una fatiga!... Como hace ya tiempo que se casó... ¡Si vieras qué ganas tengo yo de que pases tú esas fatigas!...

SAL. ¡Muchas gracias! ¿Es eso lo que me quieres?

SIM. ¡Tonta! Por lo mismo que te quiero mucho, deseo... Mira, Salomé, dame un abrazo. (Queriendo abrazarla.)

SAL. (Rechazándole.) ¡Déjame en paz, tengo que preparar la cena!

SIM. (Insistiendo.) La preparas después.

SAL. (Huyendo de él.) ¿Sabes que eres muy atrevido?

SIM. (Queriendo cogerla.) ¡Otra! ¿No eres ya mi mujer?

SAL. Sí.

SIM. Pues, entonces, bien puedo...

SAL. (Huyendo.) ¡Que no!

SIM. (Persiguiéndola.) ¡Que sí! (Cogiéndola y abrazándola.) ¡Ajajá!

SAL. (Dejándose abrazar.) Mira que me enfado. (Se oye á lo lejos un gran trueno.)

SIM. ¡Válgame el profeta Daniel, y qué trueno más horrible!

SAL. (Separándose de Simón.) ¿Lo ves? Eso es un aviso de Jehová para que no seas más atrevido.

SIM. ¿Sí? Pues entonces mucho va á tronar.

SAL. ¡Ea! Aguárdame, que voy á sacar la mesa. (Vase.)

SIM. ¡Qué mujercita tengo más guapa! Soy la envidia de toos los pastores de estos contornos. (Se oye llover con furia.) ¡Anda, qué manera de llover! Al pobre que le coja á estas horas en el valle... ¡En el valle! Por más que diga Salomé, aquel hombre no era un hombre como toos los demás... Y si no, ¡con qué ligereza salió del abismo!... Solamente el diablo es capaz de ello. (Se oyen grandes golpes á la puerta.) ¡Ay! ¡El es! En cuanto que le he nombrao... Sin duda viene á hablar con mi mujer, como me dijo. (Sale Salomé.)

SAL. ¿No oyes que llaman? ¿Por qué no abres?

SIM. ¿Yo? ¡Jamás!

SAL. ¡Mal corazón! Tal vez alguno quiera guarecerse de la lluvia, y no debemos... Voy á abrir.

SIM. No, que es él.

SAL. ¿Quién?

SIM. El diablo, tu amigo...

SAL. Razón de más. A un amigo no se le cierra nunca la puerta. (Así evitaré que vea á Ismael.) (Vase.)

SIM. ¡No vayas, Salomé! ¡Mira que te va á tragar! De esta hecha me quedo sin mujer. ¡Se la lleva á los infiernos!... ¡Y precisamente en el día de mi boda!... Si lo hubiera dejado para mañana...

ESCENA IX

DICHOS, LIBIA y OCTAVIO, puerta derecha.

OCT. ¡Gracias al infierno, que abrieron! Si tardan un poco más, echo abajo la puerta y pego fuego á la casa.

LIBIA Perdonad, buenas gentes, que entremos á refugiarnos de la tormenta.

SIM. Pasad junto al fuego. (¡Mala peste les consuma!)

OCT. ¡Cómo! ¿Eres tú, ruín bellaco, el que nos abandonó esta tarde cerca del torrente?

SIM. (¡Uy, el sayón!) Yo no os abandoné, sino que el miedo me hizo emprender la fuga.

OCT. Eres cobarde, por lo visto. Pues, cuidado con tus orejas, que ya están haciendo falta á mis perros. (Sale Salomé.)

SIM. Son mi mejor adorno, pero si las quieres, tuyas son.

LIBIA Perdónale, en gracia de su amable esposa.

SAL. (Saliendo.) ¡Qué miro! ¿Tú aquí, mi buena señora?

LIBIA Sí, Salomé.

SAL. ¿Qué feliz estrella os ha conducido á mi casa?

SIM. (Mi mujer conoce á todo el mundo.)

OCT. ¡Cómo, Libia! ¿Conoces á esta zagala?

LIBIA Ha estado á mi servicio mucho tiempo, y hoy, por lo que veo, es la esposa de este buen pastor.

SAL. Y siempre una humilde sierva tuya...

SIM. Dispuesta á complacerte lo mismo que á tí. (Digo, no; lo que es á tí, ¡un demonio!)

SAL. Dadme vuestros mantos para secarlos, mientras descansáis cerca del hogar...

LIBIA Gracias, Salomé; pero tenemos que partir en cuanto cese la lluvia.

SAL. (Aparte á Libia al quitarle el manto.) Necesito hablarte á solas.

LIBIA (Idem á Salomé.) ¿Sabes acaso?...

SAL. Ismael va á venir.

LIBIA (¡Ah!)

OCT. Vamos, guíanos pronto junto al fuego, ó por Baco que vas á servir para avivarle con tu cuerpo.

SIM. Dios no lo quiera. Venid, venid cuando gustéis. (¡Qué amable es este bárbaro!)

LIBIA Un momento, Octavio. ¿Podría merecerte un favor?

OCT. ¿Un favor? Por mi vida, que nunca te lo he negado.

LIBIA El tiempo está por demás inclemente, y no me siento con fuerzas para tornar á Jerusalém esta noche.

OCT. ¿Qué deseas, pues?

LIBIA Quisiera descansar aquí hasta mañana, ya que los dioses me han deparado tan amable compañía.

SIM. (¡Esta es otra!)

OCT. Tu voluntad es mi ley; pero tu padre se hallará impaciente con nuestra tardanza, y temo. .

LIBIA Nada habrá que temer si partes sin demora á darle aviso de que me encuentro en este lugar seguro.

SAL. Es lo más acertado. La noche no está para arriesgarse una joven por esos matorrales.

SIM. Al contrario; el camino es bueno y... (Aparte á Salomé.) ¿Pero qué haces?

SAL. ¡Calla!

LIBIA Parte, Octavio, parte á Jerusalém antes de que se note nuestra falta.

OCT. ¡Pero dejarte sola y en este sitio!

LIBIA Nada receles por mí. La buena Salomé sabe cuidarme con cariño.

SAL. Ya lo creo. Aquí estará servida esta noche con todo mi amor.

SIM. (¡Es claro! Y el mío, hasta mañana, si Dios quiere.)

OCT. ¡Oye tú, bellaco!

SIM. Simón, para servirte, es mi nombre.

OCT. Con tu cabeza me respondes de esta señora.

SIM. Con ella te responderé. (Como que en ella tengo la boca.)

OCT. Cuenta con que la menor indiscreción te costará la vida, y tu cuerpo será arrojado á mis perros.

SIM. (¡Pero qué instintos tan perrunos tiene este sayón!)

LIBIA Parte tranquilo, Octavio, y modera ese duro lenguaje.

OCT. No tan duro como tu corazón; pero juro á los dioses inmortales que, á fuerza de finezas, he de ablandarte.

LIBIA ¡Quién sabe!

SIM. Me parece... que no. (Vase Octavio.)

ESCENA X

DICHOS, menos OCTAVIO

SAL. Ya se alejó.

SIM. (En la puerta.) Así se estrelle en esos vericuetos

SAL. Cierra la puerta, Simón.

SIM. ¡Vaya una noche de boda! ¡Y yo en ayunas! ¡Ahaaa!... (Bostezando.) ¡Qué hambre tengo! (Entra á cerrar.)

LIBIA ¿Qué sucede? Habla, Salomé, estoy impaciente.

SAL. Silencio, que vuelve mi marido. (Sale Simón.) Simón, prepara la mesa cerca del hogar, que ahora vamos nosotras.

SIM. ¡Allá voy, mujercita mía! (Subiré vino de la cueva, que eso calienta el estómago.) Bueno es fortalecerse, por si acaso. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS, menos SIMÓN

LIBIA ¿Le has visto?

SAL. Yo, no; Simón le ha encontrado esta tarde en el bosque, cerca de la boca del torrente.

LIBIA ¿Y qué le ha dicho?

SAL. Que esta tarde... iba á venir á verme.

LIBIA Me temo alguna desgracia.

SAL. ¿Una desgracia? No comprendo...

LIBIA Hoy se ha pregonado su cabeza, y se le busca por todas partes.

SAL. ¡Dios mío! ¡Pobre Ismael!

LIBIA ¿Te apena la noticia?

SAL. No ha de apenarme, si le ama mi señora.

LIBIA Eres agradecida.

SAL. No soy ingrata.

LIBIA La gratitud también hizo nacer mi amor. Ismael me salvó la vida con riesgo de la suya, y desde entonces le pertenece mi corazón.

SAL. ¿Tanto le amas?

LIBIA Sí. Pero una duda me atormenta desde hace tiempo. ¿Por qué huyó de mi lado el ingrato? Quizás hubiera alcanzado de mi padre su libertad, y con mi protección y el esfuerzo de su ánimo valeroso, acaso pronto habría llegado el día de la felicidad para los dos.

SIM. (Saliendo.) ¿Pero no entráis á calentaros?

ESCENA XII

DICHOS, SIMÓN, luego ISMAEL

SAL. Sí, sí, ya vamos.

SIM. Mirad que en estas noches el fuego convida. (Y yo me he convidado de lo lindo.)

SAL. ¿Oís? Parece que se oyen voces allá afuera. (Se oyen truenos lejanos.)

SIM. Lo que se oyen son unos truenos que parece que todos los demonios andan sueltos.

LIBIA (¡Estoy temblando por él!)

SIM. ¡Zambomba y cómo aprieta! Vaya otro trago. (Bebe y siguen los truenos.) Ahora sí que estoy templado y dispuesto á habérmelas hasta con el mismo diablo en persona. (Se oye otro trueno, abriéndose la ventana de golpe y apareciendo en ella Ismael, á quien ilumina un relámpago. Salta á escena.)

ISM. ¡A tiempo cedió!

SIM. ¡Válgame el cielo! (Cayendo al suelo.)

LIBIA, SAL. ¡Ismael!

ISM. ¡Salomé! Libia, ¿tú aquí?

LIBIA ¿Qué te sucede?

ISM. Me persiguen tus secuaces.

LIBIA Nada temas, yo estoy aquí para protejerte.

SIM. ¿Conque no conocías al diablo?

SAL. ¡Calla!

SIM. No me dá la gana.

ISM. ¡Nada puedes hacer por mí, debil mujer!

LIBIA Morir, si es necesario.

ISM. ¡Morir tú! ¡No! Todo el mundo sería poco para herirte en mi presencia.

LIBIA ¿Y sin embargo huyes de mí?

ISM. Huyo de mi fatal destino.

LIBIA ¿No me amas, Ismael?

SIM. ¡Anda, anda! Ahora se hacen arrumacos.

ISM. ¿Amarte yo? ¿No ves mi desesperación? ¿No ves el abismo que se abre entre los dos?

LIBIA ¡Nuestro amor le salvará!

ISM. O pereceremos con él.

LIBIA ¿Temes la muerte?

ISM. Temo por tu vida.

LIBIA Pues bien, manda; á todo estoy resuelta.

ISM. ¿Será posible?

SIB. (Dentro.) ¡Ismael, Ismael!

ISM. ¡Esa voz!

SIM. ¿Quién anda ahí?

LIBIA Huyamos juntos.

SIB. (Dentro.) ¡Ismael!

ISM. ¡Jamás!

CENT. (Dentro.) Abríd, en nombre del César.
SIM. ¡Los sayones!... Ahí están los sayones.
LIBIA Está perdido.
CENT. (Dentro.) ¡Abrid, abrid!
SIM. No; no abráis, que ván á degollarnos á todos.
ISM. Que entren. Les venderé cara mi vida.
LIBIA No; mi cuerpo te servirá de escudo.
SIM. Van á echar la puerta abajo. ¿Dónde me escondo? (Vase.)
SAL. Ya no hay medio de huír.
LIBIA ¿Quién podrá salvarle?
SIB. (Saliendo por la puerta de la cueva.) Yo, que velo por él.

ESCENA XIII

DICHOS, LA SIBILA, luego CENTURIÓN y SOLDADOS

LIBIA ¡Una mujer!
SAL. ¡La Sibila!
ISM. ¿Tú aquí?
SIB. Sígueme; no hay tiempo que perder.
ISM. ¡Alejarme de ella, jamás!
SIB. Olvídala para siempre.
LIBIA ¡Para siempre!
SIB. Ven, Ismael. (Vase, llevando á Ismael.)
LIBIA ¡Ay de ellos, si se aman!
SAL. ¡Han derribado la puerta!...
CENT. (Dentro.) Por aquí, seguidme.
LIBIA (Al Centurión, que entra.) ¿Qué buscáis?
CENT. Al esclavo que se ha refugiado en esta casa. Entregadle en nombre del César.
LIBIA Allí le tenéis. (Al Centurión y los Soldados que entran en la primera izquierda.)
SAL. ¿Qué hacéis, señora? ¿A mi pobrecito Simón?...
LIBIA Así ganamos tiempo. Vén conmigo.
SAL. Pero...
LIBIA No temas por él. Yo le salvaré. (Vánse.)

ESCENA XIV

SIMÓN, CENTURIÓN y SOLDADOS

SIM. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Que me matan!
CENT. ¡Silencio!
SIM. (Saliendo.) Pero, si soy un pobre pastor.
CENT. Cierra la boca ó te pongo una mordaza.
SIM. ¡Ay, pobre Salomé, que te quedas sin marido!
CENT. Vamos andando; y vosotros quedáos á registrar la casa. (Entran dos Soldados en la puerta izquierda.)
SIM. Se van á comer mi cena.
CENT. Vamos, pronto.
SIM. ¡Qué noche tan afortunada! (Vase empujado por el Centurión y los Soldados.)

CUADRO TERCERO

¡SIN ALBERGUE!

Montaña á todo foro.—Al foro izquierda y en una altura una casa pequeña con ventana practicable —En tercer término derecha, la boca de una gruta, á la cual se pasa por un puente de tablas.—Debajo de la casa del fondo y abierta en la roca, una entrada, cuyo camino conduce al puente —A la izquierda en primer término, otra senda practicable.—Es de noche; se oyen los truenos y se ven brillar los relámpagos.

ESCENA XV

Coro general de Pastores, luego LA SIBILA, ISMAEL, y á poco JOSE, MARIA, SIMON, CENTURION y SOLDADOS—A la mutación, la tempestad continúa, se oyen truenos, se vé el brillo de los relámpagos.—Los Pastores salen por la izquierda, huyendo de la lluvia

Musica

CORO La marcha continuemos
el paso apretad,

ó envueltos nos veremos
por la tempestad.
La lluvia ha comenzado
y el viento es cruel,
cojamos el ganado
y á casa con él.

(Vánse por la derecha. Por una pequeña gruta abierta en la izquierda del último practicable y debajo de la casa, salen La Sibila é Ismael.)

SIB. No hay miedo que nos sigan.
Salvado está así.

ISM. La he visto, por fortuna,
y ya puedo morir.

SIB. (Que pasa el puente.)
El puente se desquicia;
¡cuidado ten, por Dios!

ISM. (Pasando con precaución.)
El agua del torrente
las tablas carcomió.
¡El cielo se desgaja,
y arrecia el huracán!

SIB. Oremos porque aplaque
sus iras Jehová.

(Ismael y la Sibila se prosternan á orar sobre una roca, cerca de la gruta, con las manos elevadas al cielo. Al empezar la plegaria, por el último practicable, salen las figuritas de José y María, representadas por dos niños, que llegan hasta el pie de la casa. Figura que llaman. Se abre una ventana; se asoma un niño vestido de Centurión, con un candil en la mano. José, por señas, le pide posada; el niño dice que no. Todo esto por señas. Implora José; el niño dice no, cierra la ventana, y desaparecen las figuras de José y María por el lado donde salieron. La tempestad sigue arreciando.)

SIB. É ISM. ¡Señor de las alturas,
omnipotente Dios,
destierra tus enojos,
y danos tu favor!
Contempla á la doncella
que caminando va,
rendida de fatiga,
y de ella ten piedad.

(Simón, el Centurión y los cuatro soldados salen por el segundo término izquierda con mucho cuidado. El coro de pastores dentro, y la Sibila é Ismael orando.)

CORO (Dentro.) Corred, pastorcitos,
corred sin cesar;
la lumbre os aguarda,
y espera el hogar.
La choza está cerca,
la noche al venir,
corramos, amigos,
huyamos de aquí.

SIB. É ISM. *Dios te salve, María,*
de todo mal.
Llena eres de gracia,
iris de paz.
El señor es contigo;
bendita tú
entre todas, María,
por tu virtud.

SIM. ¡Diablo maldito!
¡Noche fatal!
¡Ay, mujercita,
cómo estarás!

CEN., SOLD. Y SIM. ¡Riscos malditos!
¡Noche fatal!
Por estas sendas,
¿quién diablos va?

(Cesa el conjunto.)

—

SIM. Ya te he dicho que el esclavo
no soy yo.
Que el esclavo es el demonio,
y escapó.

CENT. Pues, conmigo, por si acaso,
preso vás;
y si no eres el esclavo,
lo serás.

(Los relámpagos y los truenos aumentan.)

¡Los relámpagos aumentan!

SIM. ¡Mira el diablo dónde está!

(Señalando á Ismael, que le ha iluminado un relampago.)

CENT. ¡Que el infierno me confunda
si en mis manos no está ya!
¡Adelante, compañeros,
ya cayó en nuestro poder!

(El Ceturión sube por la senda que conduce al puentecillo y los soldados detrás, quedándose abajo dos, al lado de Simón.)

SIM. Estos tontos se figuran
que se vá á dejar coger.

CENT. (Dirigiéndose á Ismael.)
¡Ya estás en mis manos!

SIB. É ISM. (Al oir la voz se levantan y dicen, aterrados al ver á los soldados.)
¿Quién va?

CENT. (Al cruzar el puente, éste se desploma, y el Centurión rueda al abismo. Cae un rayo en la casa del centro, y á poco se la ve arder.)
¡Maldición!

SIM. Y SOL. (Aterrados, y mirando al torrente.)
¡Rodó al precipicio!

SIB. É ISM. ¡Jehová le / me salvó!

(La casa empieza á arder.)

SIM. ¡Mi casa incendiada!
¿Qué es esto, gran Dios?
¡Corramos, soldados!
¡Socorro, favor!

SIB. É ISM. ¡Mi afán contempla,
clemente Dios!
¡No me retires
tu protección!

SOL. De aquí no te escapas,
infame pastor;
que de esta asechanza
serás el autor.

(Simón quiere echar á correr y los soldados le detienen. La Sibila é Ismael prosiguen orando. El incendio ilumina toco el fondo, y un rayo de luz da á la Sibila é Ismael.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

LA PROFECÍA

Plaza del Pretorio.—A la izquierda el Palacio, al cual se sube por unas gradas.—A la puerta del Palacio un centurión de centinela.

ESCENA PRIMERA

PUEBLO, SOLDADOS, luego CHICOS y SIMÓN

Música

CORO — Aquí, en el Pretorio,
sin duda es la fiesta;
oid la algazara,
la bulla y la gresca.
Los vasos apuran
con báquico afán,
en tanto nosotros
estamos sin pan.

CORO (Dentro del Palacio.)
La dicha conquistemos,
gocemos del placer,
las penas olvidemos,
amigos, á beber.

Brindemos por la gloria
del gladiador sin par
que supo hoy en el circo
vencer á su rival.

—

CORO Derrochan tesoros
en fiestas y orgías,
y al pueblo se niegan
si pide justicia.

(Todos suben á las gradas del Palacio.)

Mirad cómo beben,
de aquí se les vé.
¡Qué lujo! ¡qué fausto!
¡y qué esplendidez!

SOLDS. (Arrojando al pueblo á empujones.)
Las gradas dejad libres,
¡la chusma no entra aquí!

CORO Cual perros nos arrojan
y lo hemos de sufrir.

(Retrocediendo y agrupándose unos con otros y diciendo lo que sigue reconcentrado y con ira.)

¡Afortunadamente
el día cerca está
en que el romano altivo
su orgullo depondrá!
Hasta entonces chitón,
¡resignación!
Vale más esperar
y ello dirá.

CHICOS (Que salen saltando delante de Simón y haciéndole burla.)
¡El loco! ¡El loco!

SIM. Largo de aquí.
Dejad que llore.
¡Jí, jí, jí, jí!

CHICOS ¡Es divertida
su enfermedad!
¡Qué gracia tiene!
¡Já, já, já, já!

(Todos se ponen delante de Simón y bailan.)

¡Llora otro poquito!
¡Llora un poco más!

SIM. El que á mí se acerque
va á pasarlo mal.
Risa causa á todos
mi cruel dolor.
TODOS ¿Qué es lo que te pasa,
mísero pastor?

—

SIM. Me he casado ayer
y ese es mi pesar,
porque mi mujer
no sé dónde está.
Sola la dejé
cuando preso fuí,
pero no la hallé
cuando ya volví.
Yo no sé si entre las llamas
la pobre murió,
ó si el diablo, que allí estaba,
con ella cargó.
Sólo sé que no parece,
ay, pobre de mí,
y que yo sin mi costilla
me voy á morir.
(Se vuelve y se dirige preguntándole al coro.)
¿Dónde, dónde, dónde, dónde,
dónde está mi Salomé?
Pronto, pronto, pronto, pronto,
quiero ver á mi mujer.
TODOS (Procurando imitarle y poniéndose delante de Simón.)
Busca, busca, busca, busca
y por fin la encontrarás.
Corre, corre, corre, corre,
¡si es que sabes dónde está!
SIM. ¡Jí, jí, jí, jí! (Llorando.)
TODOS ¡Já, já, já, já! (Riéndose.)
SIM. (Corriéndolos a todos con la cayada. Todos echan á correr por distintos lados riéndose y haciéndole burla.)
Largo de aquí.
TODOS Qué loco está.
SIM. ¡Dejadme en paz!
TODOS ¡Jí, jí, jí, jí!
Risa me da
mirarle así. (Vanse todos corriendo.)

ESCENA II

SIMÓN, á poco ISMAEL

Hablado

SIM. Sí, reiros, reiros... Pero si á alguno de vosotros le quitasen su mujer la primera noche de boda, le prendiesen y por último le quemasen la casa, de seguro que á estas fechas se hubiera tirado de cabeza á la sima... Yo no lo he hecho ya por dos razones: la primera, porque me falta valor para ello, y la segunda, por no dar gusto al diablo, que es el que tiene la culpa de todo lo que me está pasando. ¡Pobre mujercita mía; de fijo estás en el infierno, rodeada de demonios y no viendo más que cuernos! ¡Cómo echarás de menos á tu maridito!... Hombre, yo no soy un valiente, y esto no lo digo por darme importancia, porque tengo bastante acreditada mi cobardía, pero si me tropezase con ese fantasma ó diablo, le...

ISM. (Que habrá salido un poco antes.) Te andaba buscando.

SIM. (¡El! Está visto que no puedo nombrarle sin que aparezca. ¿Si me habrá oído?)

ISM. Dime, Simón; ¿qué pasó anoche en tu casa después de librarme de los soldados?... ¿Qué fué de Libia?... ¿Dónde está?... ¿Pudo alejarse del incendio?... Responde pronto, y calma esta incertidumbre que me mata.

SIM. (También se necesita descaro para preguntarme lo que sabe mejor que yo.)

ISM. Habla, ó por el Dios de Israel que te hago enmudecer para siempre

SIM. No, no te enfades; pero considera que si tú, con ese poder que tienes, no sabes nada, yo, que soy un pastor, y bruto por añadidura, no tengo motivos para decirte lo que no sé.

ISM. Mi poder en la tierra es más pequeño que el de cualquier mísero mortal. ¿No sabes

que estoy perseguido, que mi cabeza pertenece al verdugo?

SIM. Pues trabajo le mando si ha de quitártela, porque tú, en cuanto te ves cogido... ¡pif! te remontas por los aires ó te hundes en los profundos infiernos...

ISM. (¡No voy á poder averiguar nada de este imbécil!...) ¿Dónde está tu mujer?

SIM. ¡Mi mujer!... Eso mismo te pregunto yo. ¿Dónde está mi Salomé, dónde la tienes escondida? Anoche te la llevaste en compañía de aquella grán señora...

ISM. Ya te he dicho que yo tuve que huir para librarme de los que me perseguían.

SIM. Y yo fuí el que pagó la rabia de aquellos malditos que me trajeron preso á la ciudad, y hasta hace poco no me han soltado.

ISM. ¿Entonces, Libia y Salomé quedaron en la casa?... (Con inquietud.)

SIM. Allí no quedó nadie más que dos sayones, que á estas horas habrán pagado todo lo malo que han hecho en este mundo quedando convertidos en carbón... lo mismo que mi pobre casa... Vamos, si lo que me pasa á mí no le pasa á nadie... Y esos pícaros romanos están ahí dentro llenando la barriga, arrojando á sus perros ricos manjares sin considerar que yo estoy muerto de hambre... Dime, ¿por qué no me conviertes en perro por un momento?... Del primer bocado dejaba sin pantorrillas al Pretor.

ISM. (Me he alarmado sin motivo; Libia, sin duda volvería al lado de su padre. Necesito hablarla antes de que estalle la rebelión... pero mis amigos aguardan y...) Oye, Simón.

SIM. Qué, ¿vas á decirme dónde se encuentra mi mujer?

ISM. Si ejecutas lo que voy á confiarte con prontitud, en seguida la verás.

SIM. Por recobrar á mi mujer soy capaz... hasta de ser valiente. Habla.

ISM. ¿Odias á los romanos?

SIM. Tanto... como quiero á Salomé.

ISM. ¿Deseas librarte de su opresión, de su tiranía?

SIM. ¿De la tiranía de Salomé?...

ISM. No, imbécil, de. . (Señalando al Palacio.)

SIM. ¡Ah! ya he comprendido. Por conseguirlo prometía no beber... agua en mucho tiempo.

ISM. Pues bien, dentro de poco... (Alguien sale del Palacio. ¡Es Octavio! Si me ve la alarma cundiría, y entonces...) Adiós, Simón. Espérame en este sitio, que pronto volveré.

SIM. Pero...

ISM. Tú no me has visto, ¿entiendes?

SIM. Bueno. (Ismael desaparece.) Si entiendo una palabra... Lo único que saco en limpio de todo esto es que no hay más remedio que echarse en brazos del diablo.

ESCENA III

SIMÓN, OCTAVIO, por la escalinata

OCT. (Hablando en la escalinata.) Ya lo sabéis. No permitáis que se acerquen aquí esos miserables. Si vuelven á pasar las gradas de Palacio, apaleadlos sin compasión. (Sigue hablando.)

SIM. (Qué gobierno tan paternal tenemos. Es claro, como están de fiesta, no quieren que se les indigeste la comida al ver nuestra miseria.)

OCT. (Desde arriba.) (¡Calla! Ese rústico es el marido de la zagala en cuya casa nos guarecimos anoche.) (Baja la escalinata.)

SIM. (Reparando en Octavio.) (¡Uy! ¡pues si este bárbaro es el de la jauría!)

OCT. ¡Simón!

SIM. (¡Qué milagro que me llama por mi nombre!)

OCT. Celebro encontrarte.

SIM. ¿Sí?... (Pues yo no.)

OCT. ¿Conque, según he sabido, has estado preso, pobre Simón?

SIM. (¡Qué cariñoso está! Este desea algo de mí.) Sí; tus sayones se empeñaron anoche en que yo... no era yo; y por más que yo les decía: no seais brutos...

OCT. (Con reprensión.) ¡Eh!

SIM. No seáis torpes, quise decir; yo soy Simón, el pastor, y nada tengo que ver con ese condenado esclavo que perseguís... (¡Si me estará escuchando el otro!...) Pero ellos, nada; á empellones y á palos me llevaron á la prisión.

OCT. Y allí hubieras permanecido por mucho tiempo, si la hermosa Libia no hubiera conseguido tu libertad.

SIM. ¿Libia? ¿Esa gran señora que estuvo anoche en mi casa?

OCT. La misma.

SIM. Pues, entonces, ella sabrá dónde está mi Salomé, que desde anoche no la he visto.

OCT. No temas nada; vino acompañando á Libia y en este momento disfruta, como todos, del placer que reina en ese recinto.

SIM. Pues que me la devuelvan; es mi mujer, y sobre todo, ella no puede comer con nadie más que conmigo.

OCT. Ahora es imposible; pero no pasará mucho tiempo sin que la recobres.

SIM. (Desde que sé que está ahí rodeada de sayones, tengo más miedo de perderla...)

OCT. Díme, Simón. ¿Anoche, después de mi ausencia, penetró alguien en tu casa?

SIM. ¿Alguien?... dí más bien que todo el mundo se dió de ojo para ir allí. No he visto casa más frecuentada que la mía anoche.

OCT. ¿De modo que el esclavo penetró en ella y Libia le salvó?

SIM. No pudo ser ella, porque hace poco, en este mismo sitio, me ha preguntado él... (¡Bruto de mí, y el otro que me encargó el secreto!...)

OCT. Luego, ¿está en la ciudad?... ¿Le has visto?...

SIM. Yo te diré... le he visto y no le he visto... porque le ví de lejos... de modo, que házte cuenta que no le he visto.

OCT. Ya sabes que su cabeza está pregonada.
SIM. Como si dijéramos puesta en venta.
OCT. Y que todo aquel que trate de ocultarle, recibirá un terriblé castigo.
SIM. Pues lo que es yo... como no le oculte entre la ropa... es lo único que me queda de mi hacienda.
OCT. Si por casualidad vuelves á encontrarle...
SIM. Echaré á correr por otro lado.
OCT. Al contrario. Le dices, en mi nombre, que de hoy en adelante, puede vivir tranquilo sin temer á mis soldados; que accediendo á los ruegos de la hermosa Libia, acabo de concederle su perdón.

ESCENA IV

DICHOS: ISMAEL

ISM. ¡Gracias, por tu generosidad!
SIM. (¡El otro aquí! ¡Válganme los profetas!)
OCT. ¿Me escuchabas?
ISM. Sí; y es tanto lo que agradezco tu perdón, que vengo á devolvértelo á cambio de tu vida.
SIM. (Esto me huele á leña. Aprovecho la ocasión para buscar á mi mujer.) (Entra en el Palacio con precaución.)
OCT. ¿De mi vida dices? Ahora la necesito más que nunca.
ISM. ¿Para defendente de mi furor, sin duda?
OCT. No; para gozar del amor de Libia.
ISM. Su amor me pertenece.
OCT. ¡Te engañas, esclavo! Su amor es mío.
ISM. ¿Qué has hecho tú para merecerla? Cuando peligraba su preciosa vida, ¿dónde estaba el señor para defenderla? Y cuando arrojó tus esperanzas al fondo de una sima, ¿quién, sino yo, se las disputó al torrente? Recobra este brazalete, te dijo; y tuyo será mi amor. Ven, pues, á recobrarle si te atreves. Aquí está la preciada joya: lucha conmigo, ya que

tan invencible te crees en los combates, y prueba al ménos esta vez que eres digno de ella.

OCT. Guarda esa reliquia en buen hora. Tengo su palabra y pronto nuestras manos se unirán ante el ara de Himeneo.

ISM. Mientes, te digo: Libia no te ama; Libia no puede amarte.

OCT. ¿No has presenciado la magnífica fiesta del Circo? ¿No escuchas aún el choque de los vasos en el banquete del Pretorio? Todo ha sido dispuesto por mí en honor de Libia. La ciudad entera se ha engalanado para celebrar tan fausta nueva, y Jerusalém hoy hace votos por nuestra próxima ventura.

ISM. ¿Unirte á Libia?... ¡Jamás! Si así fuera, sería tan despreciable como tú.

OCT. ¡Esclavo! (Con furor.)

ISM. Sí, esclavo de mi amor y de la patria. Esclavo de mi palabra y de mi honor. ¿Qué sóis vosotros en cambio, raza cruel y opresora? ¿Quién os ha dado derecho para llamarnos así? La fuerza de vuestras armas, ¿no es esto?... Pues bien; con las nuestras sucumbiréis. Este pueblo que habéis avasallado; esta raza que creéis vencida, sólo espera la señal del combate para recobrar su perdida libertad y, ¡ay de vosotros entonces!... Los que hoy llamáis siervos, serán mañana hombres libres, y vosotros tendréis que huir cobardemente con vuestras destrozadas legiones, en busca de otros pueblos envilecidos á quienes oprimir.

OCT. Luchar contra nosotros es luchar contra el destino. Roma es inmortal.

ISM. Roma sucumbirá bajo el peso de sus crímenes.

OCT. Somos los más fuertes.

ISM. Nada hay tan fuerte como la razón. Nada hay inmortal más que la libertad.

OCT. En vano me provocas. Hoy es día de perdón: Libia lo ha querido.

ISM. Pronto llegará el día de la venganza.

OCT. ¡Ay del pueblo si intenta algún exceso! La sangre correrá á torrentes.

ISM. Ella ahogará á nuestros opresores.

OCT. Corre, pues, á reunir tus huestes. Díles que se aperciban al combate, verás á mis soldados dar tan buena cuenta de ellos, como de su insensato caudillo. (Vase.)

ISM. ¡Ah, orgulloso romano! No contento con arrebatarnos la libertad, ¿me robas el amor de Libia?... Que la cólera del cielo caiga sobre vosotros. (Vase.)

ESCENA V

SIMÓN y CENTURIÓN en la escalinata. A poco la SIBILA, rodeada del pueblo. Luego, LIBIA, OCTAVIO y soldados, por el Palacio. Después, ISMAEL, por la derecha

CENT. (Empujando á Simón.) ¡Fuera de aquí!

SIM. Pero si yo no iba á comer, sino á buscar á mi mujercita...

CENT. ¡Basta de réplicas, ó te muelo á palos! (Amenazándole con la lanza.)

SIM. Pero, si ya me han molido...

CENT. (Empujándole por las gradas.) ¡Abajo he dicho!

SIM. (Bajando de un salto.) ¡Uy!... ¡A poco más me estrella! ¿Y he de perder la ocasión de ver á Salomé cuando la tengo tan cerca?

VOCES (Dentro.) ¡La Sibila!... ¡La Sibila!...

SIM. ¡Calle!... ¡La Sibila rodeada de todo el pueblo!... ¡Me alegro Así se arme una sarracina que no quede ni un romano con cabeza.

Música

SIB. (Saliendo por el fondo, rodeada de todo el pueblo.)
Escucha, pueblo hebreo,
con fe mi profecía,
que ya se acerca el día
de nuestra redención.

CORO Su acento persuasivo
despierta, desde luego,

de amor el sacro fuego
en nuestro corazón.

SIB. (Colocándose en el centro de la escena.)
Muy pronto á ese Mesías
que os han profetizado,
tendréis á vuestro lado.
¡Miradle con amor!
Que él viene á redimirnos
dictando nuevas leyes,
y siendo de los reyes
el único señor.
Los ídolos impíos
que adoran los romanos,
en breve, por sus manos,
al suelo rodarán.
Y al Dios omnipotente
que á todos hace iguales,
tan sólo los mortales
desde hoy adorarán.

CORO (Entusiasmándose por momentos.)
¡Mi sangre se enardece!
¡Temblar siento mis manos!
¡Abajo los tiranos!
¡No más esclavitud!
Rompamos las cadenas,
y ¡libertad! gritemos.
La gloria proclamemos
del Dios de la virtud.
(Creciendo mucho más.)
Rompamos las cadenas,
y ¡libertad! gritemos.
La gloria proclamemos
del Dios de la virtud.
(El pueblo empieza á subir lás gradas del Pretorio, á tiempo que sale Octavio con el acero desenvainado y detiene á la muchedumbre.)

OCT. ¡Atrás, turba maldita!

SIB. (Colocada en el extremo derecho del proscenio.)
¡Protéjenos, oh, cielos!

LIB. (Saliendo y viendo á Sibila)
¡El fuego de los celos
me abrasa el corazón!
(El pueblo vuelve á bajar las gradas retrocediendo.

Ismael sale al mismo tiempo, y con entereza, dice á todos:)

ISM. ¡Así cedéis, cobardes!
¡Tembláis ante el verdugo!
¡El afrentoso yugo
romped sin dilación!
¡La muerte no os espante!
Yo os guío á la pelea,
y nuestro premio sea
la santa libertad.

OCT. (A los soldados que salen del Pretorio.)
Cerrad contra ese esclavo,
y pues la muerte quiere,
que compasión no espere.
¡Heridle sin piedad!

SIB. (Pasando y cubriendo con su cuerpo el de Ismael.)
¡Mi cuerpo le defiende!

OCT. ¡Que caiga la primera!

ISM. ¡El que su vida quiera,
que venga!

(Cogiéndola con el brazo izquierdo y luchando con los soldados. El pueblo saca sus machetes y lucha con los soldados. Las mujeres detrás.)

LIB. (A Octavio.) ¡Tuya soy!

ISM. / CORO / SIM.
¡Abajo los tiranos!
¡Luchemos con bravura,
y el sol de la ventura
que brille desde hoy!

(Todos retroceden hasta que cae el telón.)

CUADRO QUINTO

LOS DOS AMORES

Galería de una gruta corta.—La escena aparece á obscuras

ESCENA VI

CHAMORRO, REBECA y PASTORES 1.º y 2.º

CHAM. (Dentro.) ¡Cuidado, madre Rebeca, con los resbalones, porque una caída en estos pedriscos sabe muy mal!

REB. ¡Ay, hijo! Esto está muy obscuro.

CHAM. Agarraos á mí, que conozco mejor el camino. (Salen.) ¡Ajajá! Ya salimos de lo más intrincao.

REB. Sí; pero seguimos con la misma luz.

CHAM. Como que no tenemos otra.

PAS. 1.º (Tropezando) ¡Uy!... (Todos tropiezan unos con otros.)

REB. ¡Muchacho!...

CHAM. ¿Qué ha sido eso?

PAS. 1.º ¡Que he pegao un tropezón, que me ha hecho ver las estrellas!

CHAM. Ya has visto más que nosotros.

PAS. 2.º Pero, ¿hemos llegao ya?

CHAM. Creo que sí.

REB. ¿Por qué no la llamas?

CHAM. Tienes razón... ¡Ah de la casa!... (Pausa.) ¿Ha contestao?

LOS TRES No.

CHAM. Pues, entonces... es que no ha respondido.

REB. Porque no estará, sin duda. (Al Pastor 1.º se le cae la cayada. Al golpe, Chamorro se asusta.)

CHAM. ¡Ay!

LOS TRES (Asustados.) ¿Qué pasa?

CHAM. ¿No habéis oido un golpe?

PAS. 1.º El de mi cayada, que se ha caído.

CHAM. Habrá sido del miedo.

PAS. 1.º (Bajándose á buscar la cayada.) Sí, del que á tí te sobra.

CHAM. Yo no tengo miedo, y como vuelvas á decírmelo... (Coge del pescuezo á Rebeca, creyendo que es el pastor.)

REB. ¡Ay, condenado, que soy yo!

CHAM. Perdona, abuela, pero como no veo... (El Pastor 1.º, al coger la cayada, le coge el pie á Rebeca, y ésta da un grito.)

REB. ¡Ay, que me coge un bicho!

PAS. 1.º Si el bicho soy yo, que estaba buscando el palo.

REB. ¡Buen susto me has dado!

PAS. 2.º Chamorro, llama á la Sibila por su nombre, á ver si así contesta.

CHAM. Si yo no sé cómo se llama.

REB. ¿Pues no dices que es tu amiga?

CHAM. Como lo es de todo el mundo, porque desde que vino á este país, no ha hecho más que beneficios.

REB. ¡Calla! ¿No es de aquí?

CHAM. ¡Qué ha de ser! Ella vino... no sé de dónde, hace ya... no sé cuánto, y se estableció en esta gruta... no sé cómo. Pero lo cierto es, que dende entonces, no hay desgracia que ella no remedie, ni lobo que se coma una oveja, ni cabras que no sean la envidia de los pastores... ¡Además, dá unos consejos!... ¡Ay, qué consejos, madre Rebeca!

REB. Buenos, ¿eh?

CHAM. Oye el que no hace mucho me dió á mí. Yo, casi toas las noches volvía á mi cabaña algo tarde, y con la cabeza más ligera que las piernas, y, es claro, mi mujer empezaba á chillar y á decirme... esto y... lo otro. Yo la contestaba... aquello y... lo de más allá; pero se me acababan las palabras, echaba mano del palo, y con tres ó cuatro razones de peso la convencía en el momento. Pero como os podéis figurar, esto no había de seguir así toda la vida, porque mi mujer se iba consumiendo poco á poco á fuerza de razones. Pues, bien: vine aquí, se lo conté á la Sibila, y ella me dijo: Siempre que vuelvas tarde á tu casa, lo primero que haces es darle un abrazo á tu mujer. Que levanta la voz, otro; que chilla más, otro, y así... hasta que se calle. Y, en efecto, madre Rebeca, desde entonces toó es felicidad en mi casa.

REB. Pues hay quien dice que todavía te levanta la voz.

CHAM. Toma, cuando se me olvida darle el abrazo.

ESCENA VII

DICHOS, la SIBILA, con una tea, que deja clavada en una roca al salir

SIB. Que el cielo os guarde.

TODOS (Asustándose.) ¡Ay!

CHAM. ¡Es ella!

LOS TRES ¡La Sibila!

SIB. ¿Quiénes sois?

CHAM. Yo y estos El pastor Chamorro, que viene á darte las gracias por tus buenos consejos, y estos amigos que quieren conocerte.

SIB. ¿Y qué deseáis de mí?

REB. Pues, yo...

PAS. 1.º Yo...

PAS. 2.º Yo...

CHAM. Vamos, hablad. Parece que os habéis quedao mudos.

LOS TRES Es que...

CHAM. Es que... es que... Yo lo diré, y así acabamos más pronto. Lo que quieren es que les des un remedio pa sus dolencias Mira este cómo tiene la pierna. (Por el Pastor 2.º, que es cojo.)

PAS. 1.º Y yo el brazo. (Porque es tullido.)

REB. Y yo la vista, que ya se me acaba.

SIB. ¡Ay, hijos míos! Mi saber no alcanza á tanto. Sólo consuelos os puedo dar. Tened paciencia y fé en el porvenir. El Mesías vendrá entre nosotros, y él aliviará vuestros dolores y curará vuestros males. El feliz instante se acerca, y nada arredra á la virtuosa doncella. (En la gruta se abre un boquete, por el cual se verá todo lo que la Sibila va relatando con tono profético, como si recibiera del cielo la inspiración. Los Pastores la rodean, escuchando con arrobamiento.) Yerta de frío, con los piés ensangrentados por la dureza de los caminos, y el alma transida de dolor, la elegida por el Eterno camina en este momento, apoyada en el brazo de su santo esposo, buscando un humilde rincón donde cobijarse. La fatiga la rinde; pero su fé no desmaya, y la oración reanima sus agotadas fuerzas. Ya emprenden de nuevo su penosa marcha. Quiera el cielo depararles un albergue. El señor haga que encuentren siquiera un miserable portal donde poder pasar la noche. (Se cierra el boquete y cesa la música.)

CHAM. ¡Qué bien habla!
REB. ¡Es una maravilla!
PAS. 1.º ¡Si parece que lo estamos viendo!
CHAM. ¡Cómo se va á quedar mi mujer cuando se lo diga!
REB. ¡Vamos... vamos á contárselo á todo el mundo!
SIB. Sí. Volved á vuestras cabañas, y llevad á las familias la fé de vuestros corazones.
PAS. 1.º Sí, sí, vamos.
PAS. 2.º Sí, sí, vamos.
CHAM. El cielo te conserve la salud.
REB. Queda en gracia del Señor. (Vanse.)
SIB. Id con El, y que la paz sea con vosotros. (Después que se han marchado.) ¡La paz! ¿Cuándo cesará nuestro cautiverio? ¡Otra vez sangre derramada! ¡Otro nuevo martirio para el pueblo de Israel! ¿Hemos de ser de peor condición que las fieras? Ellas se respetan entre sí, mientras la humanidad se goza en su propia desventura. ¿Qué habrá sido de Ismael? ¿Lograría escapar de la muerte, ó habrá pagado con la vida su temeridad? ¡No, Dios mío, no! ¡Que yo pueda abrazarle! ¡Que yo le vuelva á ver antes de que alumbre el nuevo sol! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

OCTAVIO y LIBIA

OCT. (Con una lámpara ó tea que coloca en una peña.) ¡Ah de la gruta! ¡Ah de la hechicera! (Saliendo.) ¿No hay nadie aquí? ¡Sin duda se la ha tragado la tierra!
LIBIA ¡Prestadme valor, cielos!
OCT. ¿Te sientes mal?
LIBIA No sé lo que me pasa.
OCT. Tanto afán en acompañarme, y ahora te falta el valor...
LIBIA No; lo tendré. Quiero presenciar por mí

misma el castigo de ese miserable. ¡Quiero gozarme en su desesperación!

OCT. ¿Le amas aún?

LIBIA No. Le odio, le aborrezco.

OCT. ¿Tu orgullo, ofendido, acaso?..

LIBIA Cesa, Octavio. ¿No tienes ya mi palabra? ¿No he sido yo quien le ha mandado venir á este sitio para que caiga en poder de sus verdugos?

OCT. Sí, hermosa Libia; y eso compensa los afanes que por tu amor he pasado.

LIBIA Simón, el pastor, le habrá visto ya, y pronto caerá en nuestro poder.

OCT. Alguien se acerca. ¿Será él? (Mirando á la parte por donde ha entrado.)

LIBIA No; es por este otro lado. La Sibila, sin duda. Corre á apostar tus soldados cerca de la gruta. Toma bien sus alrededores y apoderáos de él. Aquí espero yo.

OCT. Pero...

LIBIA (Con entereza.) Lo quiero. (Vase Octavio.)

ESCENA IX

LIBIA, LA SIBILA

SIB. (Dentro.) ¡Ismael! ¡Ismael! (Saliendo.) Aún no ha vuelto.

LIBIA Ni volverá.

SIB. ¡Libia!

Música

LIBIA Ya estamos frente á frente,
lo ansiaba con afán.

SIB. Aléjate y no turbes
mi triste soledad.

LIBIA El odio que me inspiras
venir me hizo hasta aquí.

SIB. El odio en mí no cabe,
aléjate de mí.

—

LIBIA Con empeño despiadado
robaste mi amor,
y en mi pecho enamorado
sembraste el dolor.
¡Juzga, pues, si mi venganza
será harto cruel!
cuando pierdo la esperanza
de unirme con él.

—

Su amor era mi vida,
mi afán, mi sólo encanto,
pero hoy, le execro tanto
como antes le adoré.
¡Que el odio que en mí siento
se agita de tal suerte,
que anhelo hasta su muerte!
ya ves si le odiaré.

SIB. Si tu amor das al olvido
me places así,
que un esclavo perseguido
no es digno de tí.
De tu pecho lacerado
aleja el rencor,
que no es digno el sér amado
de tanto rigor.
La sangre de sus venas
circula por las mías,
y duelos y alegrías
conmigo compartió.
Amor santo nos une,
y el lazo que nos ata
tan sólo Dios desata,
que es Dios quien lo formó.

LIBIA ¡La muerte va á costarle!

SIB. Si es Dios quien lo dispone
la muerte no me impone,
llegar puede hasta mí.

LIBIA ¿Y no sientes perderle?

SIB. (Levantando las manos al cielo.)
Si allí hemos de encontrarnos
¿qué importa separarnos
por un momento aquí?

(Las dos juntas.)

LIBIA Los ruegos son en vano,
ya nada de mí espere,
que muera es lo que quiere,
mi herido corazón
Y ya que el inhumano
destruye mi esperanza,
que sienta mi venganza,
jamás mi compasión.

SIB. Destierra de tu mente
la idea de venganza:
con ella nada alcanza
tu herido corazón.
No seas inclemente,
piedad ten del cuitado
que tanto has adorado,
y dále tu perdón.

Hablado

Aléjate, Libia, si sólo has venido á turbar mi reposo.

LIBIA No; he venido para vengarme. Ismael no tardará en venir á esta gruta, llamado por mí, y caerá en poder de los soldados que acechan su llegada.

SIB. ¡Oh, qué has hecho!

LIBIA Simón ha sido el encargado de avisarle.

SIB. Corro á evitarlo.

LIBIA ¡Llegarás tarde!

ESCENA X

DICHAS, SIMÓN

SIM. (Saliendo.) ¡Gracias á Dios que se vé algo!

SIB. ¡Simón!

LIBIA ¿Vienes sólo?

SIM. No tal, hasta aquí me ha acompañado...

LAS DOS ¿Ismael?

SIM. Un enorme pajarraco, habitante sin duda de estas profundidades, con el que he teni-

do que demostrar todo mi valor... huyendo de sus garras.

LIBIA Pero, ¿y él?

SIM. ¿El pajarraco?

LIBIA ¡Imbécil, Ismael!

SIM. Pues si no fuera por él, ¿vendría yo hasta aquí solo?...

SIB. ¡Y bien!

LIBIA ¿Cumpliste mi encargo?

SIM. En el momento que me ordenaste que le buscase, partí como un rayo para decirle que le esperabas en esta gruta. Recorrí toda la ciudad; pregunté por él á todo el mundo; registré los sitios en que me dijeron que podía estar, y por último, bajé al valle y con efecto...

LIBIA (Con interés.) ¡Qué!

SIB. ¡Desgraciado!

SIM. Tampoco estaba.

LIBIA (Con desesperación.) ¡Ah!

SIB. (Con alegría.) ¡Gracias, Señor!

LIBIA (Enojada.) ¿De modo que no le has visto?

SIM. Sí; y muy cerca de esta gruta; pero no le he podido decir una palabra...

LAS DOS ¡Cómo!

SIM. Porque se lo llevaban preso los sayones.

SIB. (Con desesperación.) ¿Preso?

LIBIA Mi venganza va á cumplirse.

SIB. ¡Infelíz! ¡Está perdido!

LIBIA ¡Morirá!

SIB. Libia, arroja de tu corazón el odio y procura alcanzar su perdón.

LIBIA ¿Te ama?

SIB. ¡Con toda su alma!

LIBIA Pues, entonces, ¿cómo quieres que le perdone?

SIB. ¿Y cómo vas á impedir que Ismael ame á su hermana?

LIBIA ¿Tú, su hermana?

SIB. ¡Sí, desgraciada! Los celos han colocado una venda en tus ojos y tu ceguedad le ha perdido.

LIBIA (De pronto.) ¡Oh! no; aún me resta una espe-

ranza. Corro á salvarle, ó á morir con él, si es necesario. Sígueme, Simón. (Vase, precipitadamente.)

SIM. Con alma y vida, porque ese diablo ha conseguido de mí que le quiera. (Vase.)

SIB (Incándose de rodillas y elevando las manos al cielo.) ¡Señor, Señor! ¡Ilumíname! Solo de tí espero su salvación.

CUADRO SEXTO

LA PRISIÓN

Mazmorra.—Al foro la puerta de entrada.—A la derecha la de la prisión de Ismael.

ESCENA XI

UN SOLDADO, á poco LIBIA y SIMON, vestido de Soldado con lanza y espada

SOLD. (Saliendo de la puerta derecha.) Durmiendo está tranquilamente, cuál si en vez del suplicio le esperase una fortuna. Se conoce que tiene poco apego á la vida. ¡Qué valor de hombre! Este judío merecía ser romano.

SIM. (Saliendo con Libia; ésta cubierta con el manto.) Aquí es. Espera un poco. (Baja hasta colocarse al lado del Soldado.) ¡Eh, compañero!

SOLD. (Levantándose.) ¿Quién va?

SIM. ¿Eres el guardián del esclavo condenado á muerte?

SOLD. ¿Por qué lo preguntas?

SIM. Necesito verle.

SOLD. ¡Vete enhoramala!

SIM. ¿Sabes leer?

SOLD. Sí.

SIM. Pues, yo no; toma y entérate. (Le dá un pequeño canuto, en el cual va un papiro que saca el Soldado y lée.) Valiente facha debo hacer con

estos arreos. Si me encontrase conmigo en un bosque, de seguro que echaba á correr al verme.

SOLD. La orden está terminante.

SIM. ¿Puedo verle?

SOLD. Y hablarle si te place. Así lo manda el Pretor. Voy á anunciarle tu llegada. (Entra el Soldado en el calabozo.)

SIM. ¡Aja já! Qué bueno es ser amigo del que manda. Todo el mundo le obedece.

LIBIA (Bajando.) ¡Simón! Las fuerzas me abandonan.

SIM. ¡Ea! Ten valor y acaba esta buena obra, ya que tantas malas habrás hecho.

LIBIA ¡Simón!

SIM. Quiero decir, que habrán hecho los tuyos.

LIBIA Bastante espío mi culpa.

SIM. Animo, pues, señora. ¿No me vés á mí convertido en sayón? Yo que tanto les temía, me siento ahora capaz de dar un susto... al miedo.

SOLD. (Saliendo.) Ahí viene el preso.

SIM. Vete y déjanos solos.

SOLD. ¿Dejarte sólo con él?

SIM. La orden está terminante, y yo vengo á ocupar tu puesto.

SOLD. Obedezco, pues. (El diablo que lo entienda.) (Vase.)

SIM. Esto se llama tener caracter. ¡Uy, y qué calabozo más oscuro! (Yendo á mirar á la puerta y retirándose al salir Ismael.) ¡Ya está aquí!

ESCENA XII

DICHOS é ISMAEL

ISM. (Saliendo.) ¿Quién me busca?

LIBIA (Descubriéndose y arrodillándose á los piés de Ismael.) ¡Yo!

ISM. ¡Libia!

LIBIA Libia, sí, que implora tu perdón.

ISM. ¡Desgraciada! ¿Para qué lo necesitas? Vete y déjame tranquilo.

LIBIA No. Mis celos te han entregado á tus verdugos y ahora vengo á salvarte.
ISM. ¡Tú, celos! ¿Y de quién?
LIBIA ¡De la Sibila!
ISM. ¿De mi hermana?
LIBIA Sí, de tu hermana, á quien creí mi rival.
ISM. ¿Y cómo has llegado hasta aquí?
LIBIA Guiada por el amor y por la astucia, logré de mi padre el nombramiento de guardián tuyo para este amigo.
ISM. ¿Y quién es?
SIM. Soy yo; ¿no me conoces?
ISM. ¡Simón!
SIM. El mismo. ¿Quién me había de decir que iba yo á ser amigo del diablo?
LIBIA Salgamos de aquí, Ismael; aún es tiempo de salvarte.
ISM. Gracias, Libia, pero los soldados que me custodian me verán salir.
SIM. Aquí no hay más soldado que yo, y no pienso quedarme en estos sitios, por la cuenta que me tiene.
LIBIA Huyamos, pues.

ESCENA XIII

DICHOS, OCTAVIO, luego PUEBLO, SALOMÉ y la SIBILA

OCT. (Presentándose en la puerta del fondo.) ¿Por dónde
ISM. (Retrocediendo.) ¡Ah!
LIBIA (Idem.) ¡Octavio!
SIM. ¡Nos cortó la retirada!
OCT. ¡Eran ciertas mis sospechas! ¿Pretendías burlarte de mí?... ¡Soldados! (Volviéndose á llamar á los soldados.)
LIBIA ¿Qué intentas?
OCT. Hacer que se cumpla su sentencia.
ISM. Tranquilo la espero.
SIM. (Cerrando la puerta y guardando la llave.) Lo que es por aquí no entran. (Se coloca á la derecha cerca del calabozo.)
OCT. ¡Qué has hecho, miserable!

SIM. Cerrar, ¿no lo has visto? (Se oyen gritos y voces lejanos.)

OCT. ¡Esos gritos! ¡Venga la llave!

SIM. ¿La llave? Antes me arrancas el pellejo. (Sacando el machete.)

OCT. (Desenvainando el acero.) ¡Ah, traidor! Cara te va á costar tu osadía. (Arremete á Simón y este, defendiéndose, retocede hasta entrar los dos en el calabozo.)

SIM. ¡Uy! ¡Llegó mi última hora!

ISM. (Queriendo pasar á defender á Simón. Libia le detiene.) ¡Miserable!

VOCES (Dentro.) ¡Aquí está! ¡Aquí está!

LIBIA ¿Vendrán á salvarte?

ISM. Es mi gente, que quiere penetrar en la prisión.

LIBIA ¡Imposible! La puerta está cerrada.

VOCES (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid!

LIBIA ¿Pero, quién abrirá esta puerta?

SIM. (Que sale sin casco y con la llave en la mano.) ¡Yo! ¡Aquí esta la llave!

ISM. / LIBIA } ¿Y Octavio?

SIM. (Abriendo.) No lo sé; en la oscuridad empecé á repartir tajos y más tajos y... en fin, creo que esta vez he sido valiente. (Entran todos.)

UNO ¡Viva Ismael! ¡Viva nuestro caudillo!

SAL. (Saliendo.) ¡Simón!

SIM. ¡A mis brazos, mujercita mía!

ISM. Gracias, hermanos, por haberme salvado.

SIB. (Saliendo. La orquesta empieza á tocar piano.) No. Quien te ha salvado ha sido el hijo de Dios. Mi profecía se ha cumplido. Venid todos conmigo á adorar al Redentor del mundo. (Vanse todos.)

CUADRO SÉPTIMO

EL PORTAL DE BETLEM

Apoteosis.—Portal de Betlém.—Decoración á todo fondo y á gusto de los pintores.

ESCENA ÚLTIMA

La SIBILA, LIBIA é ISMAEL, sobre una roca, á la izquierda. SIMÓN, SALOMÉ y PUEBLO, con ofrendas, á la derecha. Música en la orquesta

SIB. (De pié sobre la roca, señalando al portal de Betlém y dirigiéndose al pueblo.)

De rodillas adorad
al que siendo rey de reyes
nos dá ejemplo de humildad;
al que desde hoy, con sus leyes,
redime á la humanidad. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.